

Sueña conmigo

Silvia Llamas



Capítulo 1

1

Demasiado real

Me faltaba el aire, no podía respirar, abrí los ojos pero estaba oscuro y me sentía... ¿atrapada? Intenté moverme y noté que algo me lo impedía. ¡Joder, estaba atada! La cuerda que me rodeaba el cuerpo mantenía mis brazos pegados a los costados, sin dejarme un mínimo margen de movimiento. Mis piernas lo mismo, juntas y atadas... ¿qué estaba pasando? ¿Dónde coño estaba? Y sobre todo, ¿qué hacía yo en ese lugar? La cabeza no dejaba de darme vueltas, me sentía mareada y no era sólo por la sensación de asfixia que me provocaba esa maldita cuerda, estaba como atontada, sin fuerzas, puede que drogada. Intenté zafarme de la cuerda sin mucho éxito, y cuanto más esfuerzo hacía, más me ahogaba... me estaba quedando sin aire. Y entonces la vi. Una sombra que se movía en la oscuridad, frente a mí. No estaba sola. Allí había alguien observándome. Grité pidiendo que me soltase, preguntándole quién era y por qué yo estaba allí. Su imagen aún en penumbra se estaba volviendo cada vez más nítida, sin duda, el efecto de las drogas estaba desapareciendo poco a poco. Vi cómo se acercaba lentamente mientras el miedo se apoderaba completamente de mí. Estiró su mano, estaba a punto de tocarme y cerré los ojos como si con eso pudiese evitar que llegase a hacerlo. El tacto de su mano no llegaba y quise saber por qué. Abrí los ojos y seguía estando delante de mí, con la mano alzada a escasos centímetros de mi cara, pero no era capaz de tocarme. Había algo que se lo impedía, una especie de pared invisible entre los dos. Era imposible. No lo entendía, pero no me paré a analizar la situación. Tenía que soltarme como fuese, antes de que esa pared desapareciera y ese tipo consiguiese hacerme lo que fuera que pretendía. Sabía que entonces sería mi final. Me revolví como pude, preparándome para poner todas las fuerzas que me quedaban en liberarme de esa prisión y salir de allí pitando, y entonces ocurrió todo, tan deprisa que no tuve tiempo de asimilarlo. Las cuerdas se aflojaron de golpe, sentí un dolor horrible en mi cabeza y a continuación unas manos que me apretaban el cuello impidiendo que el aire llegase a mis pulmones. Caí al suelo con el peso de ese hombre sobre mi cuerpo, sin poder evitar que siguiese en su empeño de estrangularme. Sentía que la vida se me iba a cada bocanada de aire que intentaba tomar y que no llegaba a darle vida a mis pulmones. Estaba a punto de desmayarme. Me estaba muriendo. Me estaban matando. Volví a sentir ese pinchazo en la cabeza, ¡qué dolor!

Me incorporé en la cama empapada en sudor, no podía parar de temblar. Al abrir los ojos vi de nuevo la sombra de mis sueños y empecé a

gritar de puro pavor, a lo que se unieron unos gritos de otra persona... una mujer... pero ¿qué...? Encendí la luz de la lámpara que había en la mesita de noche y me encontré con la cara de Silvia pegada a la mía.

—¡Joder, qué susto! –le pegué tal grito que creo que tuvo el eco de mi voz en su cabeza durante un buen rato– Silvia, ¿se puede saber qué coño haces aquí?

—Perdona bonita, la que me ha dado un susto de muerte eres tú –me miró con sus grandes ojos llenos de preocupación–. Pensaba que te iba a pasar lo de la última vez... Has vuelto a tener uno de esos sueños, ¿verdad?

—Me temo que sí –no podía mentirle, a ella no–. No sé por qué ahora. Llevaba mucho tiempo sin soñar esas cosas. Tiene que ser el estrés.

—Claro, sí... será eso –estaba claro que con Silvia no colaban ni las mentiras–. Vamos Amy, que nos conocemos. Eso no tiene nada que ver con el estrés. Las dos sabemos que si tienes esos sueños, es por algo. Son un aviso.

—Lo sé, lo sé, ino me agobies más de lo que ya estoy! –me levanté de la cama de malas formas sin mirarla a la cara. Estaba preocupada por mí, y eso me gustaba menos que nada. Me acerqué a ella de nuevo y me senté a su lado– Sé que te preocupas por mí, lo sé y lo siento. Sabes que me gustaría que estas... cosas no te afectasen como lo hacen. Estoy segura que esta pesadilla ha sido cosa del estrés y de los nervios por la entrevista de mañana, puede ser ¿no? Además, hace muchísimo que no soñaba algo así, y solo ha pasado una vez...

—Pero también sé lo que pasó con tu... bueno, lo que pasó y la huella que dejó en ti –me cortó sin dejarme terminar la frase. No pude evitar tocarme la cicatriz del brazo–. Sabes tan bien como yo que todo pasa por algo.

—Sabía que eras una terca de narices, ipero no tanto, monina! –agarré la almohada y le arreé tal guantazo que acabó tumbada en la cama.

No tardó en llegar su respuesta, en forma de un cojinazo que me dejó tumbada en la alfombra de la habitación. Qué fuerza tenía la tía. Después de lucha de almohadas, acabamos tiradas en la cama mirando al techo, riéndonos, como siempre, olvidando por un momento lo que nos había llevado a esa situación.

—No quiero que vuelvas a sufrir, Amy –sabía que lo decía de

corazón.

—No lo haré. Estoy segura que nada va a pasar —la empujé con los pies hasta tirarla al suelo, y me metí en la cama como si tal cosa—. Venga petarda, a la cama ya, que todavía nos quedan unas horas de sueño. ¡Joder, si sólo es la una de la mañana!

—¡Serás zorra! Menos mal que te quiero un poquito, que si no, me montaba la fiesta del siglo yo solita, con la música a tope y una cacerola como percusión personalizada, para que no pudieses dormir y mañana te despertases con ojeras de panda... —me guiñó un ojo y se fue a dormir con una indignación nada creíble por su parte.

Me giré hasta acurrucarme en una esquina de la cama, en posición fetal. Mi posición de defensa. Ese sueño me hacía temer algo que todavía no sabía lo que era. Sabía que era malo, eso sí, pero no sabía por qué. No era una pesadilla más, con un asesino que rapta a una chica indefensa, típico de guión de un thriller policíaco o de terror, no. El temor, la sensación de asfixia, de sentirme atrapada y sobre todo ese dolor en mi cabeza eran muy reales.

Nada va a pasar. Tenía que creerlo. Necesitaba creerlo.

Capítulo 2

2

El primero de muchos

Por mucho que lo intenté, no fui capaz de dormir. Tampoco es que tuviese muchas ganas de volver a tener ese sueño. El de esa noche ya había cubierto mi cupo hasta el fin de mis días. Pero dudaba que la cosa se quedase ahí. Tenía la extraña sensación de que aquello había sido más real de lo que se supone que puede llegar a serlo un sueño. Mejor dicho, estaba segura de ello. Para qué engañarme, mis sueños de simples e inofensivos no tenían nada. Nunca lo tuvieron. Y eso me quedó completamente claro aquella noche, en la casa donde vivía con mi madre. Con apenas once años, me di cuenta por primera vez de que si los sueños te hablan, es mejor que los escuches atentamente.

Habían pasado más de 15 años de todo aquello, y todavía lo recordaba como si estuviese allí.

Vivíamos en una pequeña casita de dos plantas, rodeada de un precioso jardín con un montón de flores y árboles que siempre estaban verdes y llenos de vida, gracias a la bastante frecuente lluvia del norte que los mantenía así. Era uno de los privilegios que tenía vivir en un pueblecito de la costa gallega, esa tierra capaz de mantenerse verde durante todo el año, repleta de naturaleza y de vida. Mi madre me arropaba como siempre antes de darme las buenas noches, y yo como siempre, me quejaba de que me tratase como a una niña.

—¡Mamáaaaa!, que ya no soy una niña pequeña, jolines...

—Amelia cariño, para mí siempre serás mi pequeña. Y te recuerdo que todavía no tienes edad para maquillarte –levantó la mano cuando vió que abría la boca para protestar–, aunque quieras, así que mientras tanto seguiré mimándote todo lo que me dé la gana.

—¡Jo! Pues la madre de Silvia le deja...

—No me mientas Amy. Que nos conocemos.

—Bueno vale... no le deja coger el maquillaje, pero no la arropa como si fuese un bebé.

—Eso es porque su mamá trabaja tanto, que la pobre casi nunca la puede ver despierta. Seguro que a Silvia le gustaría que la arropase todas

las noches, si así la pudiese ver más. ¿A que sí?

Puso una de esas caras de *sé que sabes que tengo razón*, que toda madre tiene en su repertorio, junto a esa otra que dice *como se te ocurra hacer eso empieza a correr*, que yo vi tantas veces, y no pude negar lo evidente. Silvia era mi mejor amiga, y sabía que no tener a su madre más tiempo con ella la ponía triste, pero trabajaba casi todo el día y hasta muy tarde, haciendo imposible que pasara más tiempo con ella. La adoraba tanto, que siempre me recordaba la suerte que yo tenía por tener a la mía tan cerca y pendiente de mí. Cuando ella no estaba, mi madre hacía a la vez de la suya. Por eso nosotras prácticamente habíamos crecido juntas, como dos hermanas cualquiera.

—¿Mamá...? —le dije, apartándome un poco para dejarle hueco a mi lado en la cama— Cuéntame otra vez esa historia que la abuela te contaba cuando eras pequeña.

—Cariño mío... ¿no eres ya demasiado mayor para eso? —me dijo sonriendo— Umm... vamos, que eres demasiado mayor para que te dé un beso de buenas noches, pero no para que te cuente un cuento... —se puso un dedo en la boca, simulando que estaba pensando una lógica sumamente difícil, pero se le escapaba la risa— pues no te entiendo, la verdad...

—¡Bo! ¡Deja de reírte! No es un cuento... es una historia... venga, ¡porfa!

Me acurruqué bajo las mantas, apoyada en su pecho, mientras ella me abrazaba. Levantamos la cabeza mirando hacia el cielo estrellado, que se veía desde la ventana de mi habitación, como siempre hacíamos cuando me contaba aquella historia que a mí tanto me gustaba. Me encantaban esos momentos, y me encantaba compartirlos con ella.

Cada noche desde su ventana, la pequeña Luna miraba al cielo esperando ver una estrella fugaz. Nunca había visto una, pero en un pequeño libro que su abuela le leía todas las noches se había fijado en lo bonita que podía ser. En el libro también decía que si eras capaz de verla, debías pedir un deseo y que no tardaría en cumplirse. Luna tenía un deseo muy importante que pedir, quería que su madre, que estaba muy enferma, se recuperase. Era lo que más deseaba. Por eso, noche tras noche su mirada no se apartaba del cielo hasta que se quedaba dormida. Era entonces, en sus sueños, donde conseguía verla atravesar el cielo, brillante, dejando una estela de luz a su paso que tan sólo duraba unos segundos. Así iban transcurriendo los días, las semanas, los meses... y Luna, noche tras noche mantenía su costumbre. Necesitaba verla, necesitaba pedir su deseo. Algunas noches, la oscuridad era tan grande

que no se podían ver las estrellas, pero ella no desistía, seguía con la vista en ese cielo negro, porque sabía que en algún momento, la oscuridad dejaría paso de nuevo a la luz que desprendían los astros, y podría seguir buscando eso que tanto deseaba ver. Pero su estrella fugaz seguía sin aparecer, aunque sí la veía en sueños. Un día le preguntó a su abuela:

—Abuela, ha pasado mucho tiempo, y por más que miro al cielo, no consigo ver esa estrella fugaz de la que siempre me hablaste, pero en cuanto me duermo aparece, y siento como si ese sueño fuese real. Pero no lo es, y necesito que lo sea, abuela. Pronto.

—Mi pequeña Luna, no todo lo que vemos despiertos es real, ni todo lo que soñamos se queda en un simple sueño. A veces, estando despiertos, no somos capaces de percibir lo que el mundo quiere decirnos. Como tú, que mientras intentas ver esa estrella, no has prestado atención al cielo que te está hablando y diciendo que, mientras la sigas buscando, no llegará a ti, porque algo tan especial y mágico como una estrella fugaz, debe aparecer por sorpresa, para hacer a la persona que consigue verla, tan especial como ella, y hacerla así merecedora de pedir un deseo. Que mientras tanto, deberías estar aprovechando el tiempo con lo que no te hace falta buscar porque lo tienes a tu lado, y que es tan valioso como un deseo. Sin embargo, cuando te rendes a tus sueños, tu estrella aparece y se deja ver en todo su esplendor, ¿a que sí? —la niña asintió efusivamente con la cabeza. Su abuela tenía razón— Eso es porque los sueños también nos hablan, hija mía. En ocasiones mucho más de lo que pensamos. A veces nos dan lo que no somos capaces de conseguir despiertos, porque es algo imposible o demasiado difícil. Otras veces, se quedan en una bonita historia que contar al despertarnos, con una sonrisa en la cara, o en una historia de terror, si se trata de una pesadilla, que deja el miedo reflejado en tu piel, y otras veces... otras veces son un aviso de algo que está por llegar. Un aviso que a veces sirve para prepararnos para lo inevitable, ya sea bueno o malo, y otras veces nos da las claves para justamente evitar que algo ocurra.

—En mis sueños sigo viendo cada noche a mi estrella, cada vez más bonita y brillante. ¿Eso quiere decir que debo seguir mirando al cielo esperando que aparezca, abuela?

—Eso quiere decir que, cuando dejes de mirar al cielo con tanto anhelo y te dejes guiar por tus sueños, ellos te dirán qué noche es la que debes pasar en vela para poder pedir tu deseo. Ellos te avisarán. Si lo inevitable es que veas a tu querida estrella, tarde o temprano la verás.

Esa noche, Luna se fue a dormir sin mirar al cielo, y todo el tiempo que antes se lo habría dedicado a la búsqueda de aquella luz fugaz, lo pasó con su madre, disfrutando de ella y del tiempo que les quedaba juntas. Esa noche, simplemente se metió en su cama con una sonrisa en la boca, y se dejó ir lenta y tranquilamente hacia sus sueños, porque sabía

que cuando llegase el momento, ellos le darían una señal.

Siempre acababa dormida en su regazo, pensando en esa estrella fugaz y en el deseo que le pediría, pero nunca se me ocurría algo que fuese lo suficientemente importante. Con once años, no soñaba precisamente con un coche último modelo o una cuenta corriente que me mantuviese toda la vida. Los sueños a esa edad se centraban más en príncipes azules y castillos de cuento de hadas, con romances e historias de finales felices y todas esas cosas, o al menos es lo que fantaseaban mis amigas del colegio. Pero ese tampoco era mi caso. Consideraba que tenía todo lo que una niña de mi edad podía desear, una amiga que era como una hermana y una madre que había luchado sola para sacarme adelante, a la que adoraba sobre todas las cosas. Nunca había tenido la figura de un padre en mi vida y tampoco la había necesitado. Desde muy pequeña, mi madre me había enseñado a valorar todo lo que la vida me daba, y a no anhelar aquello que no tenía, aunque los demás sí lo tuviesen, porque cada uno tiene aquello que debe tener, aunque a veces no se dé cuenta, me decía siempre. Así que no había nada más que necesitase que lo que ya tenía conmigo. Sin embargo, como esa niña del cuento, cada noche soñaba con mi estrella fugaz. Y como ella, anhelaba verla algún día, quizás cuando tuviese un deseo que pedir.

Pero esa noche mi sueño fue otro. Mi estrella no apareció. En su lugar, sólo podía ver un cielo oscuro, repleto de relámpagos y truenos, que se intensificaban cada vez más. No me gustaba, me ponía nerviosa. Empecé a dar vueltas en la cama hasta que terminé despertándome. En la habitación donde dormía mi madre se oían voces y algo que se rompía contra el suelo. Ya no tenía claro si me había despertado por mi mal sueño o por aquello. Me levanté todavía medio adormilada para ver qué estaba pasando... y de repente, un grito me dejó helada. Era ella. Salí corriendo hacia la habitación, asustada pero decidida, y cuando estaba a punto de cruzar el umbral de la puerta, todo se quedó negro. No veía absolutamente nada, pero no podía parar de correr, no sabía hacia donde iba pero necesitaba encontrar a mi madre. Necesitaba saber que estaba bien, y en ese momento lo que estaba sintiendo me decía todo lo contrario.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¿Dónde estás? ¡Mamá!

—Amelia, despierta cariño... estás teniendo una pesadilla. Despierta cielo —oí a mi madre decirme a lo lejos, mientras me agitaba levemente.

—¿Mamá...? Estás... ¿aquí? —balbuceé todavía asustada, mirando sus ojos fijos en mí, y me abracé a ella con todas mis fuerzas.

—Sí, cariño. Estoy aquí, no ha pasado nada. Está todo bien... Sólo ha sido un mal sueño, princesa –me decía, mientras me acariciaba la cabeza para tranquilizarme—. Anda, intenta volver a dormirte, yo me quedaré aquí contigo y no te dejaré sola.

—¿Nunca? –levanté la cabeza para mirarla directamente a los ojos, y la calma que veía en su cara me relajó por completo. Siempre había tenido ese don.

—Nunca, mi vida. Nunca te dejaré sola. Pase lo que pase.

—Yo... es que... Mamá, te quiero.

En ese momento, no supe por qué sentí la necesidad de decirle que la quería, pero pocas horas después lo iba a descubrir.

Fue la última vez que vi a mi madre con vida. A la mañana siguiente, mientras estaba en el colegio, entraron a robar en casa, a través del pequeño balcón que daba a una de las habitaciones de la parte trasera, rompiendo el gran ventanal por el que se salía a ese jardín en el que tantas tardes me había pasado las horas muertas. Pensando que no había nadie dentro, no se molestaron en no hacer ruido, pero se equivocaron. Mi madre seguía en casa, y al verse descubiertos no lo dudaron, para evitar que avisara a la policía, le dieron un golpe en la cabeza que la dejó inconsciente. Ya nunca despertó.

Al menos esa fue la versión que mi abuela me dio. Recuerdo cuando me sacaron de la clase de dibujo y me llevaron al despacho, donde ella me estaba esperando. Escucharla contarme lo que había pasado, me dejó literalmente helada, en shock.

—Es mi culpa –ni una lágrima, ni un grito. Simplemente tres palabras que repetía una y otra vez.

Mi cabeza empezó a dar mil vueltas, me culpé desde un primero momento de lo que había pasado, no porque yo le hubiese hecho aquello, sino porque lo había soñado. Y lo peor de todo, es que había sentido que algo no iba bien. No sabía el por qué de aquella sensación, hasta que me dijeron que mi madre se había ido para siempre, a pesar de prometerme esa misma noche que nunca lo haría, que siempre estaría a mi lado. Entonces lo supe, supe que mi pesadilla había sido un aviso, y el hecho de no haber podido interpretar y evitar que le sucediera eso, para mí ya era un motivo de culpa.

La noche anterior había sentido la necesidad de que supiera cuánto la quería, porque algo me decía que si no lo hacía en ese momento, nunca podría escucharlo de mi boca. Aquel sueño me había hablado, y yo no

había sabido entenderlo. Supe desde ese momento que algo no iba bien, lo supe. Y no me equivocaba.

Capítulo 3

3

La entrevista

Sonó el despertador y lo apagué de forma automática. Llevaba varias horas ensimismada en mis pensamientos, excepto los últimos treinta minutos, cuando escuché a Silvia levantarse, que me los pasó haciéndome la dormida, para que no me volviese a preguntar sobre el tema de la pesadilla de esa noche.

—¿Has dormido algo? –la puerta de mi habitación se entreabrió muy despacio y apareció su cabecita, como pidiéndome permiso para entrar. ¡Cómo si lo necesitase!

—Un poquito. Necesito una buena capa de chapa y pintura, pero en menos de media hora, estaré hecha un pincel –me levanté de la cama despezándome—. ¿Ya te vas a trabajar?

—Debería, aunque me da una pereza meterme de nuevo en esa maldita pecera... –o lo que traducido sería, oficina acristalada con una asquerosa moqueta verde. Silvia trabajaba de informática en una de esas multinacionales con cientos de empleados. Cada especialidad se agrupaba en un habitáculo acristalado que reunía a veinte o treinta personas tranquilamente, que se pasaban todo el día pegados a la pantalla de su ordenador. Así, los jefazos podían comprobar de un modo más sencillo que cada empleado estaba a lo que debía, y no viendo porno online o pintándose las uñas en su horario de trabajo. Eso era lo que yo calificaba como una condena en vida, sobre todo para alguien que odia estar encerrado más de 9 horas diarias, sin apenas mover el culo de la silla. Y Silvia era un culo inquieto.

—Sil, sigo pensando que deberías cambiar de trabajo. No sé qué demonios sigues haciendo ahí. Ese no es lugar para ti. ¡Si te aburres como una maldita ostra, por favor!

—¡Todo por la pasta nena! Si no cobrase lo que cobro, y que a esto –se señaló cabeza de una forma bastante cómica– le lleva la mitad de tiempo hacer lo mismo que a los anormales que trabajan conmigo les lleva el día entero, ya me habría ido. Es que mira que alguno es lento, en serio. En fin, eso y que el culito del gruñón de mi jefe, me alegra la vista de vez en cuando.

—¿Sólo la vista? –sabía que le tenía ganas.

—A ver, sí... de momento sí. Pero nunca se sabe lo que el destino nos tiene preparado. Quizás descubra que ese capullo, además de mal genio, tiene un fondo aprovechable. Quien dice fondo, dice otra cosa, claro —su sonrisa de medio lado dejaba claro lo que tenía en mente.

—Lo tuyo no es normal, no son ni la ocho de la mañana y ya estás pensando en guarradas.

—Viene de fábrica —nos acabamos riendo las dos, ¡vaya ocurrencias tenía tan temprano la muy salida!—. ¿Café con leche y tostadas? Venga, que hoy estoy generosa.

—¡Sí, por favor! Me doy una ducha rápida, arreglo esto —le dije, señalándome la cara—, y estoy contigo.

—Si te vas a poner con el anti ojeras, nos van a dar las uvas, chata —la escuché decir mientras me metía en el baño. Me miré en el espejo del lavabo y... ¡llévame señor! El fantasma de la ópera hacía su aparición en escena. Madre del amor hermoso, vaya carita de hermana de la niña de The Ring... Menos mal que el maquillaje hacía milagros.

En menos de veinte minutos estaba lista. La ducha me había sentado de lujo y ya estaba vestida y preparada para comerme el día. Me miré en el espejo de cuerpo entero que tenía en la habitación y me sentí... poderosa. Siempre que me ponía esa ropa, me sentía capaz de conseguir todo lo que quisiera. Una falda de tubo negra, de talle alto, que marcaba mis curvas de una forma muy sugerente, una camisa blanca ceñida con unos botones estratégicamente abiertos y unos tacones de vértigo. Nunca había sido una chica delgada, pero estaba orgullosa de la firmeza de mi culo, para qué negarlo. Lo tenía todo bastante bien puesto, en algunos sitios había más que en otros, todo hay que decirlo, pero tampoco nadie se había quejado nunca. Y si se quejaban, tendrían dos problemas. Siempre solía llevar el pelo suelto, dejando que las ondas marrón chocolate de mi pelo, flotasen con total libertad, pero esta vez pensé que algo más sutil sería lo adecuado, así que me recogí la melena en un moño bajo y desenfadado. Me cubrí las ojeras a conciencia y me apliqué la base, un poquito de rímel, esos labios rojos que tanto me gustaban y... ¡ilista! Sencilla y sofisticada. Estaba sexy y elegante al mismo tiempo, y eso me daba seguridad a la hora de acudir a una cita importante.

—¡A ti te daba yo mambo, morenaza! —soltó poniendo voz de camionero salido, nada más entrar en la cocina— Nena, ¿pero tú vas a una entrevista, o a buscar un marido que nos saque de pobres? Y por cierto, dime dónde compras ese anti ojeras, monina, porque hace milagros. Ya te pareces menos a tu primo el panda.

—A ver, Sil, cariño mío... primero, deja al puñetero panda en la jungla, y segundo... ¿nos? ¿Cómo que nos? En todo caso me sacaría a mí

de pobre, que de momento lo de la bigamia y esas cosas no está legalizado, y ya sabes que a mí se me da muy mal compartir. Sobre todo en tema de hombres.

—¡Eh! ¡Si a mí me da igual! Que te saque a ti de pobre, que ya después te haré chantaje emocional y me ahorro lo de comerme tus babas en boca de otro —isería guarra la tía! Estaba como una regadera. Pero es que la adoraba. Silvia era la hermana que nunca tuve y que siempre estuvo a mi lado, cuando la necesité—. Oye tú, ¿a qué hora has quedado?

—¡Joder, que al final llego tarde! —miré el reloj y eran casi las nueve de la mañana.

En menos de una hora tenía que estar en pleno centro de Madrid, para una entrevista que quería hacerme la revista *Negativo a color*, dedicada especialmente a la fotografía y los nuevos talentos que iban surgiendo en torno a este arte. Todavía no me creía que quisieran hacerme una entrevista, ¡a mí!

Aunque me había licenciado en la carrera de traducción e interpretación, y me encantaban los idiomas, mi verdadera pasión siempre fue la fotografía. Hice varios cursos para perfeccionar la técnica, y así había conseguido algunos trabajos eventuales en bodas, pases de modelos, fiestas privadas y cosas así. Entre eso y mi trabajo en la editorial como traductora, se podía decir que estaba contenta. Me gustaba lo que hacía, organizaba mis horarios como quería, ya que el tema de las traducciones lo llevaba desde casa, y todavía me quedaba tiempo para dedicárselo a hacer fotos como las que me llevaron a esa entrevista.

—¡Joder, joder! ¡Que al final no llego, coñoyá! Entre aparcar el coche y demás...

—¡Que no cunda el pánico! Yo te llevo de camino al trabajo y así ya no pierdes tiempo con el coche, ¿te parece? —la loca esta a veces tenía unas ideas de lo más buenas— Venga, mueve ese culito y ¡vámonos ya!

—¡Si es que vales más que un potosí!

Le di un sorbo al café, cogí el bolso y la chaqueta, y nos fuimos volando. Como siempre, el tráfico a esas horas era una odisea, y yo me estaba empezando a poner nerviosa. Nunca me habían hecho una entrevista, y menos en una publicación que traía tanta cola, sobre todo en el extranjero. Y pensar que iba a llegar tarde a la primera que me hacían, no mejoraba el asunto.

Había quedado con la chica que iba a publicar el artículo sobre mí, en “*Maricastaña*”, uno de esos bares con encanto de Madrid. Adoraba todo de aquel lugar, desde su comida hasta su decoración vintage, combinada con

materiales reciclados, y ese toque tan de estar por casa, que te hace sentir como si en realidad sólo te faltasen las zapatillas para estarlo. Sus paredes de ladrillo visto pintado en blanco, le daban ese aire acogedor y ese sabor a antiguo que parece que te transporta a otro lugar. Estaba cerca de Gran Vía, así que allí me dejó Silvia, entre el sonido del claxon de los coches que la increpaban, por haberse parado en mitad de donde a ella le dio la gana. Su respuesta fue sacar la mano por la ventanilla, mientras levantaba elegantemente el dedo corazón.

—Un día, uno de esos te corta el dedito, guapa –le dije entre risas, mientras me bajaba del coche.

—Si soy adorable, Amy, reconócelo. Sólo estoy siendo educada, y respondiéndolo a las muestras de cariño de mis queridos compañeros de asfalto. ¡Anda y que les den! –miró por el retrovisor y vio que, pocos coches detrás de ella, había uno de la policía– Pero mejor me voy ya, que no quiero que me pongan otra multa. ¡Respira hondo y al toro! Cuando salga de trabajar te llamo y me cuentas todo –me lanzó un beso y se fue pintando. Literalmente.

No tardé más de 10 minutos en estar en el bar. Llegaba tarde, pero todavía no veía por ningún lado a Sofía, mi contacto en la revista, así que supuse que ella también se habría retrasado. Me dirigí directamente a la zona donde había un par de sofás blancos, con unas mesitas jardineras restauradas y decoradas acorde con el local. Sobre ellas, unas pequeñas macetas con flores azules, que le daban un toque de color al blanco que predominaba en aquel lugar. No pude evitar estirar la mano y tocar una de esas flores. Eran nomeolvides, mis favoritas desde pequeña, mi madre las solía tener en nuestro jardín. Aspiré ese aroma que tanto me recordaba a ella y a aquellas palabras que siempre todavía tenía presentes, Nunca te dejaré sola, pase lo que pase. Nunca lo había hecho, hasta en ese momento la sentía conmigo.

Levanté la cabeza, despegándome de mis pensamientos, y vi unos ojos azules mirándome fijamente. De repente, una acelerada Sofía se plantó delante de mí, cargada con su bloc de notas, la funda de una cámara de fotos y un bolso en el que bien podría haber cabido un cadáver, si lo quisiese esconder allí.

—Siento llegar tarde, no sabes lo que he tardado en aparcar. ¡Qué locura! –me dijo, espatarrándose en el sofá, mientras se abanicaba con su bloc.

Instintivamente, miré detrás de la chica, buscando esos ojos que había descubierto mirándome hacía unos segundos. Pero allí no había nadie más que nosotras, un grupo de chicas y los camareros. Serían

imaginaciones mías.

—No te preocupes, acabo de llegar. Sofía, ¿verdad? Encantada de conocerte por fin.

—El placer es mío Amy. Verás qué entrevista y qué fotos más bonitas te hago para este artículo –me dijo con una enorme sonrisa en la cara. Era la típica persona que te daba confianza sólo con su presencia, tan natural, tan simpática y desenfadada.

El camarero nos sirvió los cafés que habíamos pedido, mientras hablábamos animadamente sobre la odisea de aparcar en el centro de Madrid, y yo poco a poco me iba sintiendo más y más cómoda. La verdad es que estaba un poco nerviosa. No todos los días quieren escribir sobre ti en una revista de interés internacional, pero tenía muchísimas ganas de hacer aquello y ver a dónde me llevaba.

Casi sin darme cuenta empezamos con la entrevista, como una conversación de lo más normal. De vez en cuando, Sofía anotaba algo en su bloc de notas, supongo que algún apunte importante, porque lo demás lo iba grabando todo con su tablet, para no perderse nada, decía ella. Fue, más que una entrevista donde te acribillan a preguntas, una charla entre viejas conocidas, donde va saliendo todo sobre la marcha, entre bromas y comentarios de todo tipo, que hacen que la tensión de lo formal desaparezca.

Mientras hablábamos, escuché abrirse la puerta del bar y miré hacia allí de forma automática. Entonces los vi de nuevo, allí estaban esos ojos azules, pero esta vez no me miraban a mí. Creo que me quedé embobada mirando a ese hombre. Alto, moreno, bastante guapo... y con esos ojos que ya había visto. ¿Los había visto en serio? Sentí la necesidad de que me mirase, quería que lo hiciese, pero él se fue directo hacia una chica morena junto a la que se sentó, sin levantar ni un segundo la vista hacia mí. ¿Por qué iba a hacerlo? Estaba claro que no tenía ningún motivo para hacerlo, pero el no poder ver esos ojos mirándome de nuevo fijamente... a no ser que... no, no podía haberlos imaginado, ¿o sí?

—...es tu sueño? –alcancé a escuchar decir a Sofía.

—¿Perdona? –volví a centrarme en la entrevista– Lo siento, me he... desconcentrado. Es que soy peor que una niña pequeña. Veo una mosca volando, y mi mente se va con ella surcando los cielos.

—Con una mosca así, yo también volaría, tranquila –la miré, y me di cuenta de que miraba hacia donde estaba aquel chico sentado. Se giró de nuevo hacia mí y sonriéndome, siguió con las preguntas como si nada hubiese pasado–. Te decía que cuál es tu sueño en estos momentos. Todos tenemos un sueño, ya sea a corto o largo plazo, fácil de cumplir, o

uno de esos imposibles que simplemente se quedará en una ilusión... ¿cuál es el tuyo?

—Dejar de tener sueños... —dije casi en un susurro, más para mí que para ella. Me aclaré la garganta y continué— Hubo un tiempo en el que me encantaba soñar, pero ya no lo hago mucho, o al menos no de forma consciente. Prefiero pensar en ellos como metas a corto plazo, a ser posible. Nada que se extienda demasiado en el tiempo y pueda quedar en nada. Así que hablando de metas, supongo que la mía ahora que he conseguido llamar la atención de esta revista, es seguir con mi trabajo fotográfico, buscando esa luz que toda sombra tiene y capturarla con mi objetivo. Y supongo que con eso, mostrarla al mundo y esperar que os guste. —la verdad es que hacía mucho tiempo que no pensaba en los sueños de ese modo, como los anhelos que toda persona guarda dentro. Para mí, los sueños eran algo más. Siempre lo habían sido.

—Bueno, pues ¡hemos terminado! Creo que con esto será suficiente. Ahora sólo me queda hacerte un par de fotos y lo tendré todo —se levantó, cogió su cámara, y sin mediar palabra, se puso a sacarme fotos desde varios ángulos.

Las personas que estaban en el bar tomándose un café tan tranquilamente, se giraron para ver qué pasaba. Aunque yo diría que lo hicieron para ver si se trataba de algún famosillo. Pero no, sólo era yo. Don ojazos misteriosos también se giró, y esta vez sí me miró, solamente a mí. Me recorrió un escalofrío que no supe explicar. Esos ojos... ahora sí que estaba segura de haberlos visto en mi... visión. Eso había sido, una visión, un aviso, un sueño de un segundo que había tenido estando despierta. Sea como fuere que lo llamase, los había visto antes de aparecer él. Quizá me recordasen a alguien que conocía, pero no caía en quién podía ser. Cuando se levantó, apartó su mirada de mí, se acercó a la barra a pagar y simplemente se fue, dejándome con ese sabor a duda e incertidumbre, que más me valía desechar pronto o iba a empezar a darle demasiadas vueltas. Y prefería olvidarlo todo. Sus ojos, mis pesadillas, y todo lo que me apartase de la realidad que necesitaba en mi vida.

Capítulo 4

4

iSorpresa!

Después de la entrevista cogí un taxi y me fui directa a casa. La verdad es que el no haber dormido esa noche y el ajetreo de la mañana me habían dejado exhausta. Necesitaba comer algo y echarme un rato. Cuando salí del bar llamé a Silvia para contarle como había ido todo pero me dijo que tenían un lío tremendo en el trabajo, concretamente por un subnormal que había bloqueado el servidor de no sé qué, palabras textuales, y no podría escaquearse hasta esa noche, pero que no me salvaba de una cena en nuestro japonés favorito. Si Silvia hablaba de cenar fuera, ya daba por hecho que las copas de después tampoco iban a faltar, así que mejor que me echase una siesta o directamente no iba a aguantar ni el primer chupito.

Cuando el taxista me dejó delante del portal y después de pagarle, me bajé del coche y me acerqué a la puerta mientras buscaba las llaves en el bolso. Malditos bolsos... da igual lo pequeños que sean, que las llaves siempre estarán escondidas en el fondo. Iba tan concentrada buscándolas que casi me tropiezo con una bolsa de basura que estaba estratégicamente colocada en el escalón del portal. ¿A quién se le ocurriría...? Tampoco es que necesitase gafas, pero tuve que mirar una segunda vez ese bulto en la acera para darme cuenta de que de bolsa tenía lo que yo de monja. Era un precioso Labrador negro, un cachorro de pocos meses. Estaba totalmente quieto observándome con carita triste. Miré a ambos lados de la calle buscando a su dueño pero no vi a nadie que pareciese preocupado por su mascota perdida.

Me acerqué al animal y lo acaricié. No parecía desconfiar, se puso boca arriba al instante para que le rascase la tripa. Tampoco parecía mal cuidado ni maltratado, así que supuse que se le habría escapado a alguien mientras lo paseaba.

- Hola precios... a – me fije en que era una perrita – ¿Qué haces aquí solita?

No podía dejarla allí, así que me agaché a cogerla y la subí a casa. No dejó de lamerme la cara hasta que la volví a dejar en el suelo. Era una ricura. Se puso a corretear por toda la casa, olfateando y sin parar de mover la colita.

Dejé el bolso y la chaqueta en el mueble de la entrada, me quité los zapatos y me fui directa a mi habitación a ponerme cómoda. La perrita me

siguió y se sentó a observar cómo me cambiaba.

- ¿Qué tal si te damos algo de comer? Sí, ¿verdad?

Creo que hasta me entendió, porque se fue directa a la cocina y se volvió a sentar sobre sus patitas, esta vez delante del frigorífico.

- Pues sí que eres lista tú...

Abrí uno de los armarios y saqué un bol, le serví un poco de leche y se lo puse delante. No dudó ni dos segundos. Yo sonreí casi sin querer. Hacía mucho que no tenía una preciosidad como esa conmigo. De pequeña siempre había querido tener un perro, pero mi madre nunca me había dejado. Decía que no lo podríamos cuidar como se merece, porque mientras ella trabajaba y yo estaba en clase nadie podría atenderlo. Y tenía razón. Siempre la tenía.

Ya que estaba en la cocina, me preparé un sandwich para comer, cogí una cerveza fría de la nevera y me fui al sofá para dejar que la perrita comiese tranquila. Encendí la televisión y busqué una de esas series que repiten una y mil veces, pero que tanto me gustan. Nunca me cansaba de verlas, aunque ya supiese como iba a terminar ese capítulo. Era una forma de no sentirme sola en casa, más que de entretenimiento. Conoces los personajes, las voces ya son familiares y si te pierdes algo, da igual, porque ya sabes el final.

Creo que no tardé mucho en quedarme dormida. Los ladridos de la pequeña acompañados de unos pequeños lametones en la oreja, y el sonido del móvil me despertaron. No sé cómo, pero se las había ingeniado para subirse al sofá y acurrucarse a mi lado. Me levanté a coger el teléfono, era Sofía.

- ¡Hola Amy! Perdona que te moleste. ¿Te pilló en mal momento?

- No, no. No te preocupes. Creo que me había quedado dormida. Dime. ¿Ha pasado algo con lo de la entrevista, te falta algo o...? – cuando salimos del bar me dijo que me mantendría informada sobre la fecha de publicación del artículo y que hablaríamos pronto, pero no pensaba que se refería a esa misma tarde.

- Está todo más que bien. Sólo llamaba para avisarte de que en septiembre tendrás la revista en tu casa. Estamos seleccionando el contenido de los próximos meses y hemos decidido incluir tu artículo en el número de ese mes. Pero...

- ¿Hay un pero? Dime que no me tienes que hacer más fotos o algo

así. Ya sé que no soy muy fotogénica pero lo que hay es lo que ves, yo...

- ¡Para, para, PARA! Las fotos han salido perfectas, boba. Que por cierto saliste monísima en todas. Aunque sí necesitamos más fotos, fotos de tu trabajo, unas exclusivas si puede ser. ¿Qué me dices? Con que me las mandes a principios de agosto es suficiente.

- ¡Claro, sin problema! Lo que tú me pidas, estaré encantada.

- ¡Genial! Todo arreglado entonces. Verás que bien va a quedar todo, sé que te gustará.

Cuando colgué me quedé pensando en qué fotos podría hacer que fueran especiales, que dijeran mucho de mí, que me definieran, pero sin desvelarlo todo. No me gustaba dejar al descubierto esa parte de la que yo misma a veces me escondía. Esa parte que ocultaba al resto del mundo, porque la vida me había enseñado que lo diferente suele dar miedo, y ese miedo a veces también produce rechazo.

Justo entre mis pensamientos y los ladridos de bienvenida nos encontró Silvia al abrir la puerta. Se quedó mirándonos con cara de no saber qué hacía un perro en su casa, primero a la humana, después al animal.

- ¡Sorpresa! – no supe que otra cosa decirle, pero su sonrisa me dijo que no estaba enfadada.

- Sólo dime una cosa, ¿desde cuándo tenemos... perro? – preguntó mientras cogía a la perrita y le hacía carantoñas.

- Perra.

- Vale. ¿Desde cuándo tenemos perra?

- Pues... supongo que todavía no la tenemos. Me la encontré al llegar a casa en el portal y no pude dejarla allí solita. Tendremos que poner un anuncio, por si alguien la está buscando. Es demasiado pequeña para que ya tenga el chip, y no tiene collar... así que si nadie la reclama...

- Nos la quedamos.

- ¿Estás segura, Silvia? Yo... bueno, a mi me gustaría, la verdad. Pero nos va a dar un trabajo que ya verás. Comida, veterinario, bañarla, pasearla... madrugones y meadas por casa...

- Tú siempre intentando verle el lado bueno a todo. Anda que... Que sí, que te dejes de tanta excusa. No hace falta ni que me hagas la pelota. Nos la quedamos. ¿Pero tú has visto que cosita más bonita? – dijo sin

quitarle los ojos de encima a la perra. Era peor que yo con los animales. Si por ella fuera, teníamos la casa llena de animales abandonados. Algo así como una granja en un piso. – ¿Has pensado algún nombre?

- ¿Nombre? – la verdad es que sí se me había pasado alguno por la cabeza – Yo creo que mientras no sepamos si nos la vamos a poder quedar o no, es mejor... – no me dejaba acabar ni una frase, madre mía ¡qué mujer!

- Pero mientras la tendremos que llamar de alguna forma, ¿no? Lo de chucho no creo que le guste mucho. – dijo, más hablando con el animalillo que conmigo. La perrita levantó las orejas, y dio por hecho que eso era un no – ¿Ves? No le gusta.

- ¡Vale, vale! Luna. La llamaremos Luna. – dije, acercándome a esa bolita de pelo negro para acariciarla – ¿Ese nombre te gusta, preciosa?

- Luna... ¿como la niña del cuento que te contaba tu madre? – asentí – A mi sí, y por el lametón que te ha dado, yo diría que a ella también. ¡Bienvenida a la familia Luna!

Nos pasamos largo rato jugando con la perrita mientras le contaba cómo me había ido lo de la revista y ella me explicaba un poco lo que le había pasado en el trabajo. Pero a eso de las 9, Silvia se levantó como un resorte.

- ¡Amy, que llegamos tarde! ¡Mierda! Se me había olvidado por completo lo de la reserva.

- ¿En el japonés? Lo dejamos para otro día, Sil. Tenemos a Luna en casa y no la podemos dejar sola. No querrás llegar a casa y ver tu ropa llena de babas y tirada por todos lados.

- No empecemos con excusas, que nos conocemos. Mucho hoy no quiero salir y después te tengo que sacar de los locales a la fuerza porque no te quieres ir. A la peque no le pasará nada, y si estás más tranquila la dejamos con Luci para que no esté sola y de paso se hacen compañía la una a la otra.

Luci era nuestra vecina. Una anciana encantadora, que vivía en la puerta de en frente. Vivía sola aunque su hija la venía a visitar a menudo. Era muy atenta y nos mimaba como si fuésemos sus nietas. Que sí croquetas por aquí, que si unas lentejitas por allá, que si tartas caseras, que si galletas recién hechas... creo que era la culpable de que mi culo pareciera crecer por momentos, alimentado por sus ricos postres.

Como era de esperar, se alegró mucho de que contásemos con ella

para dejarla de niñera de nuestra nueva compañera de piso.

- ¡Id tranquilas, niñas, y pasadlo muy bien! A ver quién de las dos se trae un buen morenazo a casa que mañana por la mañana me venga a arreglar el grifo de la ducha.

- Seguro que Silvia, Luci. Esta chica es una cabeza loca.

- De algo hay que morir, aunque sea de meneitis. – es que no se podía estar callada.

- Muchas gracias Luci, mañana por la mañana me paso a buscarla y le echo un ojo a ese grifo, ya verás como en nada te lo arreglo. – le di un beso en la mejilla y Silvia y yo nos fuimos a preparar para esa gran noche, como ella la había llamado. Yo no tenía muy claro que fuese a ser así.

La reserva era para las 10, pero llegamos bastante más tarde. Menos mal que los del restaurante ya nos conocían y no nos pusieron problemas. Nos sentamos en una mesa al estilo japonés, donde te tienes que poner rodillas, un tanto incómodo si no estás muy acostumbrado, por eso casi siempre acabábamos con las piernas cruzadas, y eso cuando llevabas falda era un pelín complicado. Pedimos de todo, y sobre todo mucha sangría de champán. Así salíamos siempre de allí, iburbeando!

- Creo que lo de traer un vestido tan corto para sentarme aquí – señaló la mesa – no ha sido muy buena idea.

Silvia se había puesto un vestido de brillos dorados, muy ajustado y corto, con un escote por la espalda de infarto. Le quedaba perfecto. Con ese tono de piel moreno y su pelo castaño claro con mechuras de un tono más oscuro, parecía una modelo de revista. No era extremadamente alta, pero los taconazos que casi siempre llevaba la hacían destacar todavía más si cabe. Y si te parabas en su carita de niña buena y esos ojazos castaños tan grandes y vivarachos, nadie te salvaría de sus redes. Así los tenía a todos babeando por sus huesos. Y ella bien que lo sabía, pero tampoco se lo creía mucho. Eso la hacía todavía más atractiva.

- Para estar mona hay que sufrir. Y hoy has roto el molde. ¿Esperas ver a alguien?

- ¿Ver? ¿A quién? – entornó los ojos haciendo la gracia intentando evitar una sonrisita que al final no puso disimular – Ni que lo de arreglarme un poquito tuviese que tener un motivo con nombre de policía musculoso, macizo y con un culito que madre mía quien lo pillara que casi me pone una multa esta tarde. – lo dijo todo tan de carrerilla que creo que necesité unos segundos extra para asimilar los detalles de esa

descripción.

- ¡Lo sabía! – casi tiro la copa de sangría con la emoción del momento – ¿Has quedado con un policía que te ha librado de una multa? Lo tuyo no tiene nombre. A mi si me paran no me libro de pagar, bonita.

- Hay formas y formas de pagar, cariño. – dijo guiñándome un ojo.

Las dos estallamos en carcajadas. Y la verdad que con ganas. Estos eran los momentos que más me gustaban de estar las dos juntas. Momentos en los que desconectas por completo de todas las preocupaciones y pensamientos que rondan tu cabeza, te liberas riendo y hablando de tonterías.

- A ver sí, lo que tú quieras y más, pero te hagas la loca. ¡Cuenta, YA!

- Pues nada. En realidad la culpa fue tuya.

- ¿Cómo que mía? Perdona bonita, pero te bastas y te sobras tu solita para meterte es esos fregados. Lo que no sé es cómo te las arreglas para salir siempre de ellos. – le di otro trago a la sangría. Así a lo tonto ya me estaba animando.

- Pues sí. Resulta que esta mañana, después de dejarte en Gran Vía un coche de policía me paró un poco más adelante, porque había obstaculizado el tráfico o no sé qué. – se tomó su tiempo en llenarse la copa y ya de paso servir dos chupitos de sake antes de continuar – El caso es que cuando don macizo se acercó a mi ventanilla se lo debió pensar mejor y claro, vale más mi compañía que una multa, así que se ofreció a olvidarlo si me tomaba algo con él esta noche.

- ¡La madre que te parió, Sil! Tu naciste con una flor en el culo, que lo sé yo. Y claro está, el tío en cuestión estará buenísimo, fijo.

- Emmm... ¡Bufff! Ya lo verás.

Después de tomarnos los chupitos de golpe y ya animadillas con la de jarras de sangría de champán, nos fuimos al Dlux, el local de copas que inauguraban esa noche y donde Silvia tendría que pagar su dulce condena. La cola para entrar era quilométrica, así que me puse al final y me encendí un cigarrillo mientras la loca de mi amiga intentaba camelarse al portero. Tendría muchas mañas, pero el mastodonte que parapetaba la entrada no tenía pintas de que se fuese a rendir a sus encantos.

Estaba concentrada en el móvil, cuando alguien se colocó detrás de mí, y sentí un escalofrío que no me gustó nada. Me giré para ver de quién se trataba y por qué me había provocado aquella sensación, y me vino a

la cabeza la imagen de aquella sombra que había aparecido en mi sueño. Había un hombre mirándome, o eso creía que estaba haciendo, porque la luz de la farola más cercana le daba en la espalda, haciendo que su cara y facciones quedasen en la sombra. Dio un paso hacia donde me encontraba.

- ¿Nos conocemos? – no hubo respuesta. Me estaba poniendo nerviosa. El hombre se limitó en seguir allí de pie, observándome en silencio – Oye simpático, ¿te pasa algo? No me hacen gracia estas cosas. Si no nos conocemos déjate de numeritos misteriosos y lárgate.

Volví a girarme para darle la espalda, esperando que al hacerlo, ese hombre se esfumase y con él, todo aquello que sabía que estaba a punto de volver a mi vida. Pero fue todo lo contrario. Sentía que cada vez lo tenía más cerca.

- ¡Como te acerques un milímetro más, te juro te vas a arrepentir! – dije, intentando no levantar mucho la voz, pero de manera que pudiese oírme. – ¡Mierda! Ahora no, hoy no... ¡desaparece de una maldita vez!

- ¡Amy! ¿Con quién hablas?

- ¡Joder! ¡Qué manía con asustarme Sil! – levanté la cabeza sorprendida hacia mi amiga – con nadie importante, el simpático ese, que se la está buscando. – le dije, señalando con la cabeza hacia mi espalda.

- ¿De quién hablas? – las dos miramos hacia donde había señalado y allí no había nadie – Oye dime la verdad, ¿en serio se te han subido tanto las burbujitas?

- Pero si... pero ese tío... Se habrá ido al verte llegar. – ojalá.

- Debe ser que lo he espantado con mi horripilante presencia, no te digo. – me cogió de la mano y tiró de mí hacia la entrada del local – Venga, mejor, así ya no te dará el coñazo. El aforo está completo pero he conseguido que nos dejen entrar. Le he dicho al mastodonte que el dueño es amigo mío.

- ¡Tendrás morro! – me guiñó un ojo en señal de victoria – ¡Pero cómo me gustas, petarda! Venga, vamos a buscar a tu poli macizo.

La discoteca era impresionante. La decoración era exquisita, basada en tonos blanco, negro y morado, con algún toque de rojo. Sofás vintage con cojines y lámparas de araña que colgaban del techo, modernas pero con un toque retro. Las barras eran de cristal, como las mesas de los reservados que estaban separados del resto del local por unas finísimas telas que colgaban del techo, como el dosel de una cama antigua. En el centro, donde solía estar la zona de baile, había una barra en forma de

cuadrado y alrededor de ella se reunía la mayor parte del mundo mientras bailaban disfrutaban de la noche.

Estaba abarrotado de gente. Así que nos costó llegar a una de las barras para pedir nuestras copas. Un camarero de lo más simpático nos atendió nada más vernos y cuando iba a pagarme me dijo que estábamos invitadas. No es que sea una de esas feministas en potencia ni nada de eso, pero me gusta saber por qué se hacen las cosas.

- ¿Y eso por qué viene siendo? – se me adelantó Silvia – Que por mí bien eh, no te confundas, si quieres pagarme las copas el resto de la noche, ¡acepto!

- Quizás deberíais mirar detrás de vosotras. – le contestó el camarero guiñándole un ojo.

Las dos nos giramos a la vez y creo que se me cortó la respiración al momento. Esos ojos azules me estaban mirando, a mí, y esa sonrisa... Silvia en cambio dio un gritito que estoy segura que se le escapó, porque al instante carraspeó para quitarle importancia.

- ¡Sorpresa! – dijo una voz de hombre. El acompañante de don ojazos, al que por cierto si no hubiese hablado, creo que no me habría dado cuenta ni de que estaba allí – ya pensaba que te habías olvidado de nuestro trato, Silvia.

- No lo habría hecho ni queriendo. – le contesto ella sin dejar de sonreír.

- Soy Juan, encantado – esta vez se estaba dirigiendo a mí – Y este es Alex, más que un amigo casi es como mi hermano.

- Encantada de conocerte... – dije sin apartar la vista de esos ojos que me todavía me seguían mirando – ... conoceros, perdona. Me llamo Amy. – miré hacia Juan saliendo de mi trance, y por educación también. – Gracias por las copas, por cierto. No tenías por qué hacerlo.

- Siendo el dueño de todo esto, no creo que le suponga un problema, Amy. – dijo a media sonrisa. Alex me estaba hablando, directamente a mí. Madre mía, escuchar mi nombre saliendo de su boca me puso más tonta de lo que ya estaba – Encantado de conocerte, es todo un placer.

- Entonces supongo que Silvia no le ha mentado al gorila que hay en la entrada, cuando le ha dicho que el dueño era su amigo. Eso sí, sin saberlo todavía.

- Veo que eres una chica con recursos Silvia. – Juan no le quitaba el ojo de encima al vestido que se había puesto mi amiga – Quizás tenga

que volver a ponerte una multa para sacarte una invitación a cenar.

- Para invitarme a cenar no necesitas excusas. – pues sí que estaban buenos estos dos, ni cinco minutos llevábamos allí y ya estaban quedando para una segunda cita.

- Siento interrumpir este momento tan íntimo – se mofó Alex de su amigo – pero yo me tengo que ir ya, Juan. El deber me llama y en unas horas entro me toca turno en la comisaría.

- Madre mía, qué tendrá el cuerpo de policía que está tan bien dotado... de agentes. ¿A que sí Amy? – Silvia se había dado cuenta de que me había quedado impresionada con Alex, aunque no se imagina el motivo real.

- Yo... esto, creo que también me voy. Ha sido un día largo y necesito descansar. Te dejo en buenas manos, Sil.

- ¿Ya te vas? – me dijo ella.

- Te acerco a casa. – soltó Alex casi al mismo que tiempo.

- No te molestes, me cojo un taxi. Hay una parada justo en frente.

- No es molestia. Venga, vamos.

Después de despedirnos de los tortolitos nos fuimos hacia su coche, un Sirocco negro, casualidades de la vida, mi sueño de coche. Le indiqué donde vivía y sin más me acercó allí. No tardamos ni diez minutos en estar delante del portal.

- Veo que no eres muy habladora, ¿o sólo te pasa conmigo?

- ¿Cómo? – se notaba que no me conocía, todavía – No no, perdona, estoy tan cansada que las palabras me pesan. Pero en realidad soy una cotorra, aunque lo disimulo bien. – le guiñé un ojo mientras mostraba una de mis mejores sonrisas.

- Me gusta tu sonrisa. Esos hoyuelos que te salen al reírte me encantan.

- Son en anzuelo en el que todos picáis.

- Lo sé. – sonrió sin apartar sus ojos de mí. ¿Me estaba diciendo lo que creía que me estaba diciendo? – Quizás no te parezca bien la idea, pero ¿qué tal si nos tomamos algo un día de estos? Creo que tu amiga me

ha dejado sin amigo. Me lo debes.

- ¿Qué te lo debo? – no pude evitar reírme – Si lo hago es porque me apetece y porque en dos minutos me has hecho reír lo que la mayoría tarda horas.

- Entonces creo que ya he ganado muchos puntos. ¿Cuántos necesito para que aceptes mi propuesta?

- De momento te has ganado la opción de que la acepte. Ahora sólo te queda encontrar en modo de que lo haga. – me bajé del coche y me giré de nuevo para despedirme - Muchas gracias por traerme, en serio.

- Ya te dije que para mí es un placer, además, no vivo muy lejos de aquí.

- Encantada Alex. Nos vemos...

- No dudes que así será, Amy.

Capítulo 5

5

El séptimo cumpleaños

Corría por el jardín detrás de un globo que había sobrevivido a mi séptimo cumpleaños, mientras mamá terminaba de recoger todo el desastre que mis amigos y yo habíamos dejado en el patio de casa.

—Amelia, deja el globo y ayúdame con esto, anda.

—Jo, ¿por qué? Todavía es mi cumple...

—¿Recuerdas lo que siempre te digo? Si hoy ayudamos, cuando seamos nosotros los que necesitemos esa ayuda...

—... habrá alguien que nos tienda la mano —acabé la frase con voz cantarina.

Empecé a recoger los vasos y platos de papel que había sobre la mesa y por el césped, y a meterlos uno a uno en una enorme bolsa de plástico que llevaba arrastrando por el suelo, mientras mamá recogía las sillas y las llevaba dentro de casa. Cuando acabé, cerré la bolsa para dársela a ella y que la tirase en la basura, pero me di cuenta de que ya no estaba en el jardín. Oí voces en la cocina, así que me acerque a la puerta para ver con quién estaba hablando.

—... sabes que las cosas tienen que pasar así —era la abuela.

—Lo sé, pero no tan pronto... Todavía es muy pequeña para entender ciertas cosas.

—Lo sabemos. Su séptimo cumpleaños tan sólo abre la puerta a este mundo, pero no hay nada dicho sobre cuándo se querrán mostrar a ella, o si lo harán.

—¿Crees que esta vez será diferente? Me preocupa que no sea capaz de asimilarlo.

—Hija —la abuela se acercó a mi madre y le cogió la cara entre sus manos para que la mirase a los ojos—, Amelia es especial, igual que tú, igual que nuestra familia. Cuando llegue el momento, sabrá cómo manejar las cosas. Esto no es una maldición.

—Él no lo veía así. Por eso quiso que yo... —dijo con tristeza.

—Olvídate de él. Nunca fue bueno para ti y no lo iba a ser para ella.

—Lo sé mamá, pero tengo miedo de que aparezca de nuevo. Sigo teniendo el mismo sueño desde que supe que estaba embarazada. Por eso me fui.

—¿Lo conseguía? En tu sueño, ¿conseguía lo que...? —la abuela miró hacia la puerta donde sobresalía mi cabeza. ¡Pillada!— ¡Mi niña, preciosa! ¿Se puede saber qué haces ahí espiando?

Corrí hacia ella y me lancé a sus brazos, que me esperaban abiertos.

—¿Espiendo? Yo sólo estaba escuchando lo que hablabais —las dos se echaron a reír.

—Tú sí que eres lista, renacuaja. ¿Qué tal te lo has pasado esta tarde? —era increíble la facilidad que tenía para cambiar de tema y hacer que olvidase lo que fuese que iba a decir.

—¡Muy bien abuela! Han venido mucho amigos y hemos comido tarta y chuches, también un payaso con globos y juegos muy chulos, y me han regalado muchas cosas, y jugamos al escondite, y rompimos una piñata que mamá colgó de un árbol, y... —si me daban cuerda me podía pasar horas hablando sin parar.

—¡Vale, vale, vale! Me ha quedado más que claro —su sonrisa era de pura paciencia, con esos dos hoyuelos que tanto me gustaban y que yo había heredado—. ¿Quieres saber cuál es mi regalo, o ya te llega con todos los que has tenido?

—¡Nooooooo! Yo quiero ver el tuyo, abuela —como a todos los niños, romper el papel que envuelve un regalo, sea cual sea su contenido, me emocionaba más que ninguna otra cosa.

—Veamos que tenemos por aquí... —sacó un pequeño paquetito que traía en su bolso y me lo entregó— Espero que te guste, preciosa mía.

Rasgué el papel a la velocidad de la luz y descubrí una pequeña caja de madera tallada a mano, adornada con pequeñas estrellas y lunas. La abrí y de su interior saqué algo que no sabía lo que era, pero que me llamaba mucho la atención.

—Esto es un Atrapasueños —yo miraba fascinada aquel objeto—. Tienes que colgarlo en la cabecera de tu cama, para que todos los sueños que tengas sean muy bonitos y que las pesadillas se alejen de ti, siempre. ¿Ves esta redecilla? —señaló el interior del círculo, que se parecía a una

telaraña de hilos. Asentí- Los malos sueños quedarán atrapados ahí, y por la mañana con la luz del día, desaparecerán y nunca se harán realidad.

Esa noche me fui a dormir contenta por aquel día, por esa tarde que había pasado con mis amigos, y especialmente feliz por aquel regalo, tan raro y bonito al mismo tiempo, que me había hecho la abuela. Cuando entré en mi habitación, lo primero que hice fue colgar el Atrapasueños en la cama, y me senté a observarlo. Me parecía un objeto especial, no sabía por qué, todavía no. Me quedé dormida tocando las plumas que colgaban de él y con una sonrisa en la cara, porque sabía que esa noche, soñase lo que soñase iba a ser algo bonito. Sentía que las palabras que la abuela me había dicho eran totalmente ciertas, pero en ese momento, tumbada en aquella cama, no era consciente de cuánto lo eran en realidad.